

## **Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario (10/10/21)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, esta semana unidos al lema grande de todo este mes: “Con el Señor de los Milagros, salgamos en misión”, que es nuestro lema para este mes del año, para esta semana reflexionaremos y nos ayudaremos con la frase: “Tu amor divino nos ilumina”, que cantamos en el himno del Señor de los Milagros. Y hoy día las lecturas van en esa línea: el Señor nos ilumina para tener sabiduría y prudencia, cosa que en los últimos tiempos en nuestro país, en nuestras vidas, en la propia Iglesia, estamos muy necesitados, porque cuando los tiempos son complicados necesitamos calmarnos, reflexionar y orientar nuestras vidas de acuerdo a la voluntad de Dios.

Y como la voluntad de Dios está expresada en Jesús, Señor de los Milagros, por su misericordia, por su amor infinito y por su paciencia con la humanidad, estamos llamados nosotros también, no a practicar eso que se llama a veces ‘la santa paciencia’, como se dice en criollo ‘la pachocha’, sino de una capacidad de comprender con profundidad las cosas, y hacer lo adecuado y lo justo que siempre cuesta tiempo, demora, pero puede llegar si es que somos dóciles a lo que nos ilumina el Señor.

Esa luz que nos ilumina es Jesús que vino como “luz en medio de las tinieblas”. Y hoy día hemos leído el precioso texto del “joven” rico (Marcos 10,17-30), pero que en realidad es alguien que cumplió desde muy joven los mandamientos, nos hace ver cómo es que el Señor hace con nosotros para caminar, darnos una sabiduría que permita cambiar las situaciones, realizar el Reino de Dios en esta tierra que es nuestra tarea, nuestra misión, pero que no es algo que dependa solo de nosotros, sino de cuánto Dios nos ilumine.

Y sobre esto, hoy el Papa nos ha dado dos homilías: una en San Pedro y otra en el balcón de la Plaza de San Pedro. Y en las dos homilías hay una confluencia maravillosa que nos permite a

nosotros también iluminarnos, porque para eso también está el Papa, para que en el nombre del Señor, como vicario de Cristo, nos anuncie la ruta que hemos de seguir.

En el texto que hemos leído en el Evangelio, tenemos a este señor que no dice su nombre, que ha sido de muchacho un hombre muy fiel, que ha seguido los mandamientos, que corre ante el Señor, se arrodilla y le dice: “¿Qué haré para heredar vida eterna?”. El Papa explica que decir “¿Qué haré para tener?” es como que dependiera todo de nosotros. Y el Papa señala que quizás, todos creemos que ser cristiano es hacer muchas cosas, es hacer esfuerzos muy grandes de nuestra parte, y más bien, el problema grande es que la fe no depende de nosotros, sino que es un regalo que aceptamos y que nos dinamiza de acuerdo al don que recibimos.

Esa es una de las cosas más difíciles de comprender en la fe. Es cierto que nuestra fe depende de nuestra participación, pero primero está el don de Dios. "Si conocieras el don de Dios, y quién te dice: dame de beber, tú le pedirías a Él, y Él te daría agua viva". Quiere decir que estas palabras que Jesús le dice a la samaritana también, producen en nosotros un cambio que es el volvernos a nuestra origen, a la imagen que Dios depositó en nosotros: ser consecuencia de un acto de gracia, de bondad infinita que nos vuelve gratuitos y nos permite compartir nuestras vidas.

Uno de los grandes problemas humanos es tender a ser tacaños, porque necesitamos existir y nos preocupamos por nosotros mismos, evidentemente, y hacemos los esfuerzos para poder existir. Eso es razonable, pero llega un momento en el que podemos simplemente mirarnos “solo” a nosotros mismos y creer que porque nosotros hacemos para nosotros mismos, ya le va a “chorrear” a los demás. Y eso es equivocado, eso es imprudente, porque somos una comunidad y los demás tienen necesidades también, y requerimos, más bien, compartir y salir de nosotros mismos. En realidad quien nos abre es el Señor porque Él nos creó abiertos, nos creó para el otro, nos creó para Él, y por lo tanto, los otros también son una imagen de Dios a las que hemos de asistir.

Y así, entonces, a Dios lo acompañamos en la procesión, en el Señor, porque es el otro que viene a nosotros, pero nosotros acompañamos a los hijos, a los amigos, al barrio, al país, a los problemas que tenemos, y aprendemos a salir de nosotros mismos, pero no hay mejor manera de salir que unirse y acoger en nosotros el don gratuito del Señor que viene en nuestra ayuda, el que nos ha creado y es nuestro Padre.

Por eso, el día de hoy, hay una reflexión que necesitamos hacer: ¿Cuánto de nuestra vida quiere depender de nosotros mismos y cuánto estamos dispuestos a que dependa realmente de Dios? ¿Cuánto es posible que, en cada uno de nosotros, podamos re-cuestionar todo el fundamento de una vida basada en el esfuerzo, pero que no es la última palabra de todo? Y por lo tanto, ¿Cuánto estamos dispuestos los que tenemos y los que no tenemos a cambiar nuestra mentalidad? Los que tenemos porque teniendo, lo acumulamos, lo concentramos en nosotros mismos y nos enriquecemos. Y los que no tenemos porque tenemos mentalidad de rico y aspiramos a lo mismo: a tener y poseer, de tal manera que es un enfrentamiento permanente de todos contra todos por poseer, cuando en realidad todo lo que tenemos viene de un don que se comparte, porque nadie por más que haga un esfuerzo, tiene la vida comprada porque es un don, un regalo, todos somos un regalo.

Vivir de acuerdo a esta generosidad gratuita con que Dios nos ha creado es aprender a ser cristianos. Y hoy día este señor que fue joven y fue muy fiel a los mandamientos, tiene un vacío, ha hecho todos los mandamientos, y curiosamente, cumpliendo todos los mandamientos se ha enriquecido, o sea, que cumplir los mandamientos no necesariamente es hacer cuentas con la riqueza, al contrario, es el modo muy frecuente que ocurre que las personas que tienen mucho también son muy buenas personas, o también los que tienen poco son buenas personas, el asunto es la mentalidad con que hacemos las cosas. Y la mentalidad siempre tiende a ser yo, yo y solamente yo.

Eso es lo que nos ha propuesto el mundo moderno desde hace cuatro siglos, y eso es lo que se está acabando en el mundo, porque ahora con la Pandemia se ha dado el primer signo de otros, en donde empezamos a entender que somos frágiles, y los poderosos y dominantes que nos creíamos es completamente insuficiente para poder vivir con felicidad.

Por eso, hoy día, todos estamos buscando la vida eterna, y no solamente el irnos a la otra vida, sino que esta vida tenga sentido. Y la vida eterna en el Evangelio es el amor, el amor sí es eterno, y el amor gratuito mucho más.

Por esa razón, hermanos y hermanas, el Señor al proponerle un camino a este rico que tenía y poseía - porque la expresión es no solamente que tenía, sino que poseía y estaba habituado a la posesión - se va entristecido porque Jesús le propone la cosa muy importante de dejarlo todo, dar el dinero a los pobres, tener un tesoro en el cielo y seguirlo.

Hace poquito hemos instituido acólitos a varios seminaristas y les decía que ser acólito no es solamente ayudar en la misa, sino seguir al Señor en el mismo camino que le propone a este señor. Le propone dejarlo todo para seguirlo, pero no solamente dejarlo todo, sino darlo a los pobres. Introduce en su vida la categoría del otro, la percepción, la perspectiva del pobre.

Tenemos un país en donde hay abundancia permanente de pobres por siglos y seguimos teniendo mentalidad de rico, y eso es una cosa grave, no pensar que existen otros más allá de nosotros. Lo digo porque en los últimos meses hemos visto todo este clamor por un cambio en el país, y simultáneamente, hemos visto cómo la ciudad de Lima está concentrada más en una especie de distancia del país, pero no solamente esa distancia es de los sectores más ricos de Lima, también de los sectores pobres, porque cuando se tiene algo ya no se quiere dejar, y entonces pensamos que es mejor que otros no vengan porque nos hacen competencia.

Toda esta mentalidad lleva a un problema muy grande: no da felicidad a todos, no da vida eterna, no da amor y alegría a todos. Por eso, una experiencia profunda como la de Jesús nos llama a la solidaridad antes de seguir al Señor. San Francisco esto lo hizo aceleradamente, botaba la casa por la ventana, inclusive bienes que no eran de él, y quedó solamente con un costal que le puso el obispo porque se desnudó completamente.

No decimos hoy día, en una actualización de este texto, que necesitamos hacerlo exactamente como San Francisco que es un signo de Jesús en la tierra, es un santo, *pero sí podemos redefinir todo nuestro afán de riqueza*, de posesión y de bienestar; redefinirlo de tal manera que busquemos tener un bienestar equilibrado, refiriéndonos a quien más necesita, superando la idea de la limosnita: “le doy al otro la sobra”, sino: “le doy parte de mis bienes que también me pertenecen para compartir mi vida”.

Están aquí nuestras hermanas obstetras que acompañan la vida de las señoras de las que nacer nuevas generaciones de niños y niñas, y muchas como ustedes, enfermeras también y otros tipos de personas que trabajan en la salud, están permanentemente pendientes de los otros sin pensar si mismas, aunque saben que pueden enfermarse. Estas personas son como San Francisco, dejan todo y están dispuestas al mayor riesgo por desarrollar su ser, su ser enfermeras, su ser obstetras, su ser médicos.

En las Fuerzas Armadas hemos visto lo mismo, y hemos visto cómo nuestro país está fundado sobre la base de personas que entregaron su vida y no se miraron así mismos. Uno de ellos, el Caballero de los mares, como le llamamos a don Miguel Grau mundialmente, pudo ganar, en parte, las batallas el mar, con el Huáscar, corriendo por aquí y por allá, pero cuando veía sobrevivientes, incluso enemigos, los recogía reconociendo el valor de la vida humana, y por eso es “el caballero”.

Esta capacidad de salir de uno mismo y de no ambicionar, sino de tener una visión más amplia es la que está en las personas que han

sido tocadas por la fe cristiana en nuestro país. Y todo nuestro país está constituido por gente así, por eso no se puede destruir el Estado como en una concepción ideológica del mundo, porque este país ha sido construido con el sudor de la frente y la entrega generosa de cientos de personas anónimas y algunas conocidas como Daniel Alcides Carrión, que se han sacrificado para poder dar vida y han fundado el país sobre valores que son impostergables de actualizar hoy día entre nosotros.

Por eso Jesús lo invita al camino de seguirlo, pero que es seguirlo en el camino de su Cruz, de su entrega generosa, de su no mirarse a sí mismo, sino mirar el bien de los demás.

Esto es un proceso de madurez progresivo entre todo. Y ser sabio y tener sabiduría es aprender a madurar en ese camino, poco a poco, pero todos con un “paso firme” como decimos en el himno, que nos permita hacer grande nuestro Perú. Y grande no significa famoso, lleno de riquezas o poderoso. Ser grande es ser de corazón ancho, un país acogedor, vivo, lleno de hermanos que se estiman, que se comprenden y que no se rechazan, sino que se valoran, se comprenden.

Es difícil que un rico entre en el Reino, es difícil que una persona ambiciosa que solamente se mira a sí misma, entre en el Reino. Pero es posible entrar al Reino si es que nos dejamos llevar por la gracia de Dios que tiene la capacidad de que abramos los brazos, el corazón y nuestras manos para ayudar al otro.

Hoy día, especialmente, vamos a pedirle al Señor que podamos responder a esa pregunta que hacen los discípulos: “¿Quién podrá salvarse?”. Vamos a responder la pregunta con la misma respuesta de Jesús: “lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios”. Y esta semana hemos venido reflexionando que la Iglesia, la comunidad cristiana viva que camina por las calles, de nuestro pueblo devoto profundamente confiado en el Señor de los Milagros, pueda hacer el milagro de la reconciliación nacional. Podemos hacerlo todos, hermanos y hermanas, es cuestión de dejarnos llevar

por el amor del Señor y hacer posible que resucitemos en nosotros el valor que tenemos de nuestra cultura, de nuestras tradiciones distintas, de la alegría, de la belleza, de la solidaridad que viene de los campesinos muchas veces, de los awahunes, de los shipibos, de toda la gente que está afuera, y que también viven en nosotros, porque nosotros, los limeños, venimos de las provincias en su mayoría.

Hermanos y hermanas, no nos distanciamos de los orígenes que hemos tenido. Hagámonos, más bien, solidarios con todos aquellos que necesitan, porque todos nosotros somos también necesitados, y más vale hermanarnos que separarnos.

Que Dios los bendiga y que el Señor, por nuestra capacidad de seguirlo sencillamente disponiéndonos a lo que Él nos diga, nos dé su sabiduría y nos ilumine para poder actuar de tal manera que, algún día, también tengamos vida eterna más allá de esta vida, pero lo importante es que en esta ya hayamos hecho esa ilusión extraordinaria que tenía Santa Rosa de Lima de que el Perú fuera una “partecita del cielo”. Que Dios los bendiga a todas y a todos los hermanos que están viniendo a hablar con el Señor, que nos dejemos interrogar por Él, ese Señor que nos encuentra, que nos pregunta, pero ante todo, nos escucha.